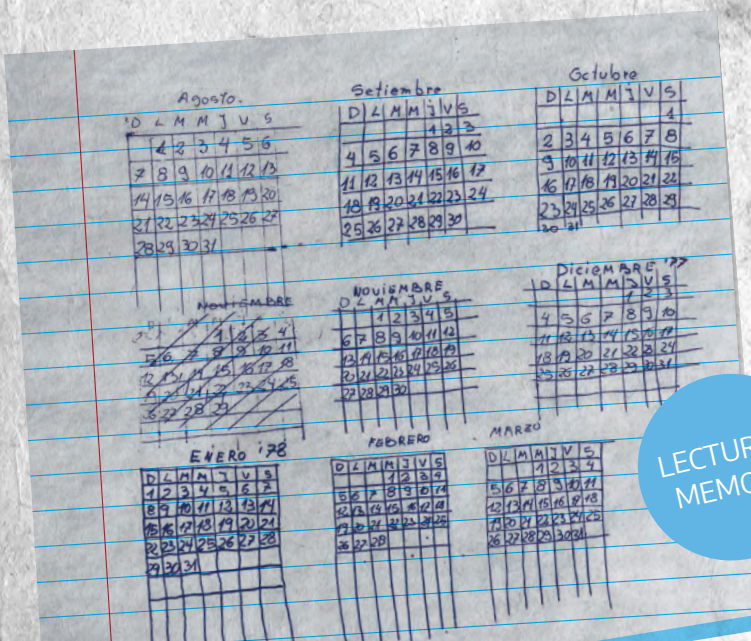


La larga noche de los lápices

Capítulo 6: El adiós a la bikini

Emilce Moler



LECTURA Y
MEMORIA



Ministerio de Educación
Argentina

Presidente

Alberto Fernández

Vicepresidenta

Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros

Santiago Cafiero

Ministro de Educación

Nicolás Trotta

Unidad de Gabinete de Asesores

Matías Novoa Haidar

Subsecretaria de Educación Social y Cultural

Laura Sirotzky

**Directora de Educación para los Derechos Humanos,
Género y Educación Sexual Integral**

María Celeste Andamoli

Coordinadora del Programa Nacional de Educación y Memoria

Cristina Gómez Giusto

Coordinadora del Plan Nacional de Lecturas

Natalia Porta López

Edición: Teresita Valdetaro

Diseño y diagramación: Elizabeth Sánchez

© 2020 Emilce Moler

© 2020 Editorial Marea SRL

Ministerio de Educación de la Nación

Plan Nacional de Lecturas

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

plannacional.lecturas@educacion.gob.ar

República Argentina, marzo de 2021

La larga noche de los lápices

RELATOS DE UNA SOBREVIVIENTE

Emilce Moler

Capítulo 6

El adiós a la bikini

Claudia Roca era mi amiga de la adolescencia de la playa Punta Mogotes. Ella era la segunda de cinco hermanos. Nos veíamos los veranos, en el balneario San Francisco. En casa le decíamos Las Rocas. Vivían en Capital Federal, en Barrio Norte, y alquilaban una casa frente al mar. Se quedaban tres meses con su mamá y su tía. Su papá iba los fines de semana. Jugábamos al vóley en la cancha de atrás de las carpas; hasta que fuimos creciendo y pasamos a la cancha grande. Nos divertíamos con cosas simples y a las dos

nos gustaba con locura tomar sol, el mar, la playa, hacernos milanesa en la arena. Pusimos esfuerzo en hacernos amigas de las Trillizas de Oro, que iban a ese balneario, aunque sin éxito. No salíamos a la noche para aprovechar la playa desde temprano, era lo que más nos interesaba. Disfrutaba meterme en el mar con ella, nadaba mucho mejor que yo y me daba seguridad. Un día de lluvia sin playa podía ser un drama para nosotras, y apenas veíamos un rayo de sol corríamos a disfrutarlo. Era la única persona de mi edad tan fanática de la playa como yo, y eso nos unía.

Estudiábamos todo el año para no tener que rendir materias durante el verano. Cuando empecé a participar de asambleas estudiantiles, marchas, tomas de escuela y reuniones políticas, se lo fui comentando, pero como al pasar. Le conté que me había puesto de novia con Fernando, estudiante de Agronomía de veintidós años; pero omití hablar de su militancia en la Juventud Universitaria Peronista. No le confiaba más detalles ni intentaba convencerla. Creía que no me iba a entender y quería resguardar esa amistad; tenía miedo de que se rompiera. Quizás me gustaba

tener esa “doble vida”. Era como estar con una compañera del Eucarístico, pero más humilde y buena.

En enero del 76, Fernando fue a pasar unos días a Mar del Plata. No me animé a presentárselo a Claudia, no quise juntar “mis mundos”. La visita de mi novio había alterado la rutina de playa: nos juntábamos con compañeros de militancia que estaban en la ciudad. Los temas excluyentes eran la política, el posible golpe de Estado y buscar lugares seguros para dormir; algunos ya habían entrado a la clandestinidad. Me apasionaban esos temas, los vivía con intensidad, me encantaba estar con mi novio, pero sufría no poder ir a la playa; los compañeros estaban con otras preocupaciones, ni pensaban en la Mar del Plata turística.

Faltaban pocos días para volverme a La Plata y me estaba perdiendo de tomar sol; así que una tardecita, mientras todos se quedaron tomando mate, me hice una escapada a la playa. Me encontré con Claudia y algunos amigos. A las conversaciones las sentía lejanas, nada de lo que me decían me interesaba, seguía pensando en los temas de política que habíamos estado discutiendo. Cuando alguien del grupo dijo algo

de “la subversión”, sentí que no podía permanecer más en esa ronda charlando pavadas.

—Me voy al mar —le dije a Claudia, mientras me sacudía la arena de la bikini turquesa.

Me fui metiendo de a poco. Cuando el agua me llegó a los hombros, me zambullí. Nadé hasta que me agarró un calambre. Mientras lo mitigaba haciendo la plancha, miraba el cielo. Solo podía ver una imagen en blanco y negro: un policía me llevaba a la cárcel; abría una reja y me dejaba en una celda. Me quedaba en un lugar húmedo, frío, mirando a través de los barrotes. No tenía miedo, me invadía una profunda tristeza, pero lo vivía como algo inevitable: eso me iba a suceder. Esa imagen, breve, nítida, sin color, contrastaba con la alegría que se vivía en la playa de “La Feliz”. Cuando se me empezaron arrugar los dedos volví hacia la orilla. Salté las olas, jugué con la espuma, la abrazaba, me sumergía, chapoteaba, no me quería ir.

No acostumbraba a bañarme al atardecer, me gustaban los baños de mañana, pero ese día tuve el impulso de hacerlo.

Salí del mar haciendo lluvia de gotitas en la orilla con el pie. El sol del atardecer hacía un efecto de arco iris. Disfruté profundamente ese instante. Miraba la orilla a través de las gotas, el sol, el cielo. Estaba segura de que nada iba a ser igual en los próximos veraneos. ¿Me estaba despidiendo? Algo así.

—¿Y cómo está Mar del Plata? —le pregunté a mi mamá, a través del locutorio de la cárcel de Villa Devoto, en la visita semanal.

—Mucha gente. Casi una de las mejores temporadas. Van a las playas, compran cosas, se divierten. A nadie le importa lo que pasa en el país. No les interesa lo que nos pasa a unos pocos. Yo no quiero hablar con nadie, además la gente me escapa, se hacen los tontos —me contestaba con tristeza y bronca.

—¿Supiste algo de Las Rocas?

—No, no volvimos al balneario. No podemos ir estando vos acá.

Mientras volvía al pabellón, caminando por los pasillos del penal de Villa Devoto, me sentí devastada. Me había imaginado que la vida afuera casi se había

detenido, o por lo menos que nadie se divertía. Pero me di cuenta de que Las Rocas, como tantos otros, seguían yendo a la playa como todos los veranos.

Me consolaba mirando las tarjetas de Mar del Plata que me mandaba mi mamá todas las semanas, con palabras de cariño. Nunca había pensado que esas postales, que vi tantas veces en los quioscos y que consideraba poco artísticas y hasta vulgares, iban a darme momentos de alegría. Pasaba horas examinando cada pedazo de playa, trataba de reconocer cada rincón y evocaba cuándo había caminado por allí.

Cuando salía al patio del penal, en los pocos recreos en que había sol, me sentaba en el piso, con la espalda contra la pared y cerraba los ojos. Me quedaba siguiendo el caleidoscopio de colores rojos y negros que veía a través de los párpados. Me imaginaba, por un rato, aunque fuera un rato, que estaba en una reposera, al lado de Las Rocas, tomando sol con mi bikini turquesa.

Durante años Claudia no supo por qué no fui más al balneario. Tardó mucho tiempo en enterarse de lo que me había pasado.

En el 79 volví al mar. Dejé de usar bikinis, mis veinte años me pesaban mucho.

Volví a recuperar mi amor por los baños, a salpicar en la orilla, a mirar el sol al atardecer. Pero nunca más fue lo mismo.



Emilce Moler

Nació en 1959, en La Plata, provincia de Buenos Aires. A los diecisiete años fue detenida-desaparecida, víctima y sobreviviente de lo que se conoció como la Noche de los Lápices.

Desde los inicios de la democracia realizó actividades políticas, gremiales y participó en distintos organismos de derechos humanos. En forma paralela forjó una destacada carrera profesional y académica como docente e investigadora. Es doctora en Bioingeniería, magíster en Epistemología y profesora en Matemática.

Ha colaborado en la denuncia a represores ante la Justicia.



Para seguir leyendo:

La larga noche de los lápices. Relato de una sobreviviente. Buenos Aires, Marea Editorial, 2020.

Leer es tu derecho.

El **Plan nacional de lecturas** es la iniciativa del Ministerio de Educación de la Nación para garantizar a todos y todas su derecho a leer.

Porque leer abre mundos, distribuye libros y lecturas digitales en escuelas, bibliotecas escolares y en espacios alternativos.

Con actividades en el espacio público, convida literatura a las familias y ayuda a construir entornos sociales amigables hacia los libros y la lectura.

Ofrece formación a docentes, responsables de bibliotecas y otros mediadores para armar una red de comunidades lectoras.